

# HOMENAJE DE LECTOR A LA POETA **MARÍA MERCEDES CARRANZA**

*Poetizar es hacer memoria. La memoria es fundación.*  
M. Heidegger

*A una gran colombiana,  
la señora Alba Gutiérrez Isaza*



Lubio Cardozo

**Escribió** en todas sus poesías María Mercedes Carranza (Bogotá, 1945-2003) un sueño: Colombia. Cantar quiso tal vez a ese país naturalmente hermoso su hermosura, de su temple alegre su alegría, recoger en las estrofas ese anhelo, mas en su contemporaneidad la historia había abierto un prolongado paréntesis para encerrar en él la palabra dolor. Quizás tomar ella un atajo deseó, por aledaños enredijos del acontecer para lanzar la red de sus versos y atrapar entre sus hilos la luz, el paisaje, la vida imaginada, los ludismos del eros en el grato territorio de su patria, Colombia, pero siempre se levantaba la pétrea pared realísima de la pena, pesadumbre social, política, militar, lo brutalmente inhumano de la sucedencia epocal de su tierra. La verdadera inteligencia (“el ojo del alma”, Platón) moralidad esencial exige.

Entendió María Mercedes Carranza su destino de poeta, o más bien el *fatum* de su actividad creativa por áspero decreto de las divinidades. Por su raigal pertenencia, por el nombre familiar —hija del escritor Eduardo Carranza—, por haber tenido la fortuna de recibir una excelente formación intelectual, por la mirada extendida (*prospicere*...) al porvenir de su nación, *no* podía eludir lo fatal de su temporalidad, *no* le estaba permitido esconderse detrás de una obra de calidad

artística, de agradables episodios, de concatenadas emociones pero banal con respecto al grado del fundamento de su compromiso destinal, de espaldas al reto existencial de los infaustos años amarrados a la geografía colombiana. Esquiva, pues, la plácida alienación de la indiferencia, lo divertido, lo cómico. Se plantó en lo opuesto, la valerosidad. Ella su hado asume. *No* transitaría ese otro tentador camino. Haría, por el contrario, de sus versos, en frase de Horacio, *venenatas sagittas*, inmersas saetas en sutil ira impotente disparadas a los oscuros recintos, las invisibles cofradías de donde se originaba ese dolor de Colombia.

Aunque más allá de dos esquelas compartidas y un poemario obsequiado *no* tuvo la suerte de conocerla; por informaciones de amigos bogotanos, por algunas fotografías, por deducciones de sus escritos, la imagino delgada (nunca frágil), pausada en sus ademanes, de intensa serenidad, *no* obstante de un corazón temerario capaz de imprimirle a su voz lírica la fuerza tremenda de la mujer, la firmeza del grito silencioso para arrostrarle a los cómplices del infortunio, para desafiar a quien la leyere u oyere a sumar vocablos a un gran coro para decirle al espíritu del mundo (si aún hubiere espíritu del mundo), con la fuerza coral de la tragedia griega,

la ya demasiada larga tristeza cual lluvia maléfica sobre Colombia: *El río es dulce aquí / en Dabeiba / y lleva rosas rojas / esparcidas en las aguas. / No son rosas, / es la sangre / que toma otros caminos.*<sup>1</sup> Esencian, sólo así, esa agonía, ese coraje, esa transparente pesadumbre, la ascética belleza de su lírica.

De los muchos poemas paradigmáticos de María Mercedes Carranza sobre lo poco dicho se van a enfocar a la ojeada dos uncidos por la intención de estas páginas, cuyo propósito sólo traduce un homenaje del recuerdo a la poeta colombiana atrapada por su responsabilidad de una respuesta lírica auténtica ante sus circunstancias. En su composición “De Boyacá en los campos”, de su primer libro *Vainas y otros poemas* (1972), sintetiza en versos cual disparos a quemarropa todo el mundo falso, hipócrita, manipulador, tejido en torno a Bolívar, de ese historiar absolutamente contrario a cuanto él significó para el real acontecer en la existencia de estos pueblos. Trajo, creó, sembró él la libertad para usarla en todas las actitudes de la vida, libertad para liberar y *no* para el palabreo de la mentira. Despoja María Mercedes, en su pulcra oda cerrera, a Bolívar de la santurronería de las academias, de la oratoria palaciega y lo deja desnudo en la pureza de su señal indicadora de la verdad del camino de estas pardas comarcas con sus poblaciones encima: (...) / *que más que charreteras / lucía un callo en cada nalga / de tanto cabalgar por estas tierras, / (...) / tenía el ademán mestizo de una batalla perdida.*

Hermosísimo poema severo, sin flaquezas escriturales, levantado con la fortitud volcánica de una mujer. Ensambla en sus frases rítmicas una ósea reflexión impávida sobre el espacio del alma, de la *psykhé* del lector, o del lector-pueblo, donde debe hallarse un indicio, un signo del misterioso destino de estas naciones en su dilatada guerra de hace más de quinientos años: (...) / *Pero y si pronto, y si quizás, y si a lo mejor, / y si acaso, y si tal vez algún día te sacudes la lluvia, / los laureles y tanto polvo, quien quita.*

Su “Oración”, del libro *De amor y desamor y otros poemas* (1995) refuerza lo axiomático del primer párrafo de este escrito, pese al reclamo íntimo de estos diez versos mediante los cuales ensambla una trascendente oda pagana a esos hermanos inseparables: la tierra y la muerte. Un salmo en sí, absoluto, de lata ascendencia clásica. Encaja *no* obstante, en lo llamado en estas páginas el dolor de Colombia. Singulariza la derrota ante las desatadas fuerzas de los indomables males de su hora. ¿Hacia dónde mirará la poeta? Arriba, el azul calla. En la vecindad del horizonte la vida identificada con la esperanza pareciera *no* ser posible. Abajo, la arena, las piedras, la arcilla a cambio de cuanto poco queda —apenas si la soledad, los sueños, la poesía— ofrecen el

alivio del sufrir, el descanso, la paz, el olvido, el silencio, en fin la nada.

Un poeta venezolano más o menos contemporáneo a José Asunción Silva (1865-1896), Juan Antonio Pérez Bonalde (1846-1892), en los años finales de su alongado deambular y penar por el mundo, con su desencanto a cuestras por múltiples fracasos en la actividad política, en sus aspiraciones sociales, económicas, familiares, compuso un melancólico cántico, titulado “Subumbra”, en el cual también mira hacia abajo, a la tierra compañera substancial de la muerte: *Traedme una caja / de negro nogal, / y en ella dejadme / por fin reposar. / De un lado mis sueños / de amor colocad, / del otro mis ansias / de gloria inmortal; / la lira en mis manos / piadosos dejad, / y bajo la almohada / mi hermoso ideal... / Ahora la tapa / traed y clavad, / clavadla, clavadla / con fuerza tenaz, / que nadie lo mío / me pueda robar... / Después, una fosa / bien honda cavad, / tan honda, tan honda, / que hasta ella jamás / alcance el ruido / del mundo llegar; / bajadme a su fondo, / la tierra juntad, / cubridme... / y marchaos / dejándome en paz. / ¡Ni flores, ni losa, / ni cruz funeral; / y luego... olvidadme / por siempre jamás!*<sup>2</sup>

Se interpone entre las estrofas de Pérez Bonalde y la “Oración” de María Mercedes Carranza más de un siglo, lo cual implica obviamente diferencias escriturales notables, distinto tratamiento de la melopeya. Coinciden sí en el ámbito lírico de la desesperanza, en bajar los ojos al *humus* —al fin y al cabo *humanus et humus* van uncidos además de la etimología también por el destino—; ofender la existencia a la madre *gea*, la misteriosa estancia donde —tal vez— el dolor se acalle. Aquí los versos de ella, de su *Oración*: *No más amaneceres y costumbres, / no más luz, no más oficios, no más instantes. / Sólo tierra, tierra en los ojos, / entre la boca y los oídos; / tierra sobre los pechos aplastados; / tierra entre el vientre seco; / tierra apretada a la espalda; / a lo largo de las piernas entreabiertas, tierra; / tierra entre las manos ahí dejadas. / Tierra y olvido.*

Se negó a la alegría por saberla injusta en medio del entorno, de los aconteceres, María Mercedes Carranza. Ascendió a la tristeza, esenció con ella en buena medida su soma, su *psykhé*, su obra lírica. Convirtió la *mesticia* en su brújula para no perderse en el complejo mapa de las tentaciones intelectuales distintas a la asunción de su norte, su treno por el dolor de Colombia, aflicción compartida con los más, con los sufrientes, cuya respuesta perceptible en lo inmediato era el estupor del opaco silencio. Imposible cristalizar los sueños, irremediamente se tornarían fantasmas de humo disueltos por los ventarrones del infortunio epocal. Aceptó por eso María Mercedes, con “el coraje de su verdad”, la invitación de la tierra. ▣

<sup>1</sup> De *El canto de las moscas*, 1997.

<sup>2</sup> De J. A. Pérez Bonalde, 1964.

**Lubio Cardozo.** Escritor venezolano, profesor de la Universidad de los Andes, en Mérida.